

joven había salido con una vieja criada para hacer ciertos encargos, y la buena señora charlaba sola, con su voz cariñosa, sin cesar de hacer media, hablando de los negocios de la casa, y dirigiendo por encima de sus anteojos, risueñas miradas á Renata.

Esta se aturdió cada vez más. Todo el silencio del hotel pesaba sobre ella y hubiera dado cualquier cosa por que los encajes de su vestido hubiesen sido negros. La mirada de su padre la molestaba tanto, que llegaba hasta el punto de calificar de ridículo á Worms por haberla puesto aquellos volantes tan grandes.

—¡Qué hermosa estás, hija mía!—dijo de pronto la tía Isabel que aún no se había fijado en los volantes de su sobrina.

E interrumpió su tarea, asegurándose las gafas para ver mejor á Renata; su padre sonrió tristemente.

—Eso me parece un poco claro,—dijo,—y creo que con este traje debe andar una mujer muy comprometida por la calle.

—¡Pero, padre mío, no se sale así á pie!—exclamó Renata, lamentando en seguida aquella frase que se le había escapado.

El anciano iba á responder, pero se contuvo, y levantándose del sillón se irguió con su elevada estatura y echó á andar sin mirar á su hija, á quien

la emoción había trastornado. Cada vez que se esforzaba por animarse y buscaba un medio para pedirle el dinero, experimentaba gran sobresalto.

—Nunca se le ve á usted, querido padre—murmuró.

—¡Oh!—respondió la tía sin dar tiempo á su hermano á contestar,—tu padre sale ya muy poco y solo va al Jardín de Plantas. Y aún para eso es preciso que yo me enfade... Dice que en París se pierde y que la ciudad no se ha hecho para él... ¡Sí, sí, ya puedo servirle!

—Mi marido tendría un verdadero placer en que usted asistiese á algunas de nuestras recepciones—continuó la joven.

El señor Beraud du Chatel dió algunos pasos por la habitación y después dijo con acento tranquilo:

—Dale las gracias á tu marido. Es un muchacho activo y desearé por tu bien que haga honradamente sus negocios. Pero no tenemos las mismas ideas y yo no me encuentro á gusto en vuestra hermosa casa del Parque Monceaux.

La tía Isabel pareció afectarse ante aquella respuesta.

—¡Qué malos hace á los hombres la política!—dijo alegremente.—¿Quieres saber la verdad? Tu padre está enfadado con vosotros porque vais á las Tullerías.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Inde. 1625 MONTERREY, MEXICO

30923

El anciano se encogió de hombros como queriendo decir que su descontento se fundaba en otras causas más graves, y continuó paseando lentamente y pensativo. Renata quedó silenciosa un momento, teniendo ya en los labios la petición, pero se apoderó de ella un gran desfallecimiento y besando á su padre se levantó para marcharse. La tía Isabel la acompañó hasta la escalera. Al atravesar los salones continuó charlando con su vocecilla cascada y alegre:

—Eres feliz, querida niña mía, y me causa placer el verte tan hermosa y tan bien puesta, pues si tu matrimonio no hubiese dado buenos resultados, te juro que me hubiese creído yo la culpable de ello. Tu marido te quiere, tienes todo lo que necesitas ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—respondió Renata esforzándose por sonreír y con la muerte en el corazón.

La tía se detuvo algunos instantes con la mano apoyada en la barandilla.

—Mira; lo único que me preocupa es que pudieras aturdirte con tu felicidad. Sé prudente y sobre todo no vendas nada, con objeto de que si un día tienes un hijo le puedas dar una fortuna.

Cuando Renata se encontró en el coche, un suspiro de satisfacción dilató su pecho; gotas de sudor frío caían de su frente y las enjugó pensando en la humedad glacial del hotel Beraud. Después,

cuando en el muelle de San Pablo la clara luz del sol inundó el coche, acordóse de los cincuenta mil francos y todos sus dolores renacieron más vivos aún. Ella, que tan atrevida se creía, ¡qué débil y cobarde había sido! ¡Y, sin embargo, se trataba de Máximo, de su libertad y de los goces de ambos! En medio de los amargos reproches que á sí misma se dirigía, surgió una idea en su mente que la acabó de desesperar. Debiera haber pedido los cincuenta mil francos á la tía Isabel. ¿En qué había estado pensando? Quizás la buena mujer le hubiera prestado aquella cantidad ó le hubiera aconsejado un medio para encontrarla. Ya se inclinaba para ordenar al cochero que volviese al hotel, cuando creyó ver la imagen de su padre atravesando lenta y magestuosamente el salón. Aquella visión le quitó el poco ánimo que la quedaba. ¿Qué excusa podría dar para justificar aquella segunda visita? Y no encontrándose con valor para hablar del asunto á la tía Isabel, mandó al cochero que la llevase á casa de su cuñada. Sidonia lanzó un grito de alegría, cuando la vió empujar la puerta, discretamente velada, de la tienda. Se encontraba allí por casualidad, pues iba á ver al juez de paz, ante quien había citado á una parroquiana. Pero no importaba; faltaría á la cita, lo dejaría para otro día; se consideraba dichosa con que su cuñada hubiese tenido al fin la amabi-

lidad de visitarla. Renata sonrió con embarazado aspecto, y no permitiendo Sidonia que permaneciese abajo, la hizo subir á la habitación por la escalerilla, después de haber quitado el picaporte de la tienda. Veinte veces al día quitaba y ponía aquel picaporte.

—Aquí, hermosa mía,—dijo haciéndola sentar,—podremos hablar cómodamente. Figúrate que llegas como llovida del cielo. Esta noche pensaba yo ir á tu casa.

Renata, que conocía la habitación, experimentaba en ella el mismo malestar que causa á un paseante un ángulo de bosque devastado en un paisaje querido.

—¡Ah!—dijo por fin.—¿Has cambiado la cama de sitio?

—Sí,—respondió tranquilamente la vendedora de puntillas.—A una de mis parroquianas le gusta más que esté enfrente de la chimenea y ella ha sido también la que me ha aconsejado que ponga cortinas encarnadas.

—Ya me parecía que las cortinas tampoco eran las mismas... El encarnado es un color muy vulgar.

Renata se colocó el lente, examinando aquella habitación que tenía el lujo de una habitación amueblada. Sobre la chimenea encontró largas horquillas para el pelo, que seguramente no pro-

cedían del escuálido peinado de Sidonia. En el sitio en que anteriormente había estado colocada la cama se veía el papel todo rozado, desteñido y sucio.

La corredera había procurado ocultar aquello con los respaldos de dos sillones, pero eran algo bajos y Renata reparó en aquella huella del uso.

—¿Tienes algo que decirme?—preguntó.

—Sí, es toda una historia,—dijo Sidonia, juntando las manos y con los gestos de un glotón que va á contar lo que ha comido.—Figúrate que M. de Saffré está enamorado de la hermosa señora Saccard... Sí, de ti misma, monona mía.

Renata no hizo el más insignificante gesto de coquetería.

—¿Pues no me habías dicho que estaba tan enamorado de la señora Michelin?

—¡Oh! eso ya ha terminado completamente... Si quieres te lo probaré... ¿No sabes que la Michelin ha obtenido los favores del barón Gouraud? Es una cosa que no se comprende. Todos los que conocen al barón se quedan estupefactos... ¿Y no sabes que también está en camino de conseguir el cordón rojo para su marido?... ¡Ah, es muy audaz la tal señora; no se queda corta ni necesita á nadie para ir por el mundo.

Estas últimas frases las pronunció con un sentimiento de admiración.

—Pero volvamos á M. de Saffré .. Te ha reconocido en un baile de actrices, envuelta en un dominó y hasta se acusa de haberte ofrecido una cena poco decorosamente. ¿Es verdad?

La joven quedó sorprendida.

—Completamente verdad, pero ¿cómo lo sabe que era yo?

—Dice que te reconoció después que ya habías abandonado el salón, y recuerda que te vió salir del brazo de Máximo... Desde entonces está locamente enamorado de ti. Su corazón se halla interesado ¿comprendes? un capricho.. Me ha suplicado que viniera á presentarte sus escusas...

—Está bien, dile que le perdono,—replicó Renata con sequedad.

Luego, como recordase sus apuros, exclamó:

—¡Si supieras, Sidonia, cómo me encuentrol Necesito de un modo imprescindible, para mañana á primera hora, cincuenta mil francos. Para hablarte de eso he venido, pues por lo que te he oído decir sé que conoces á algunos prestamistas...

Sorprendida Sidonia por aquel imprevisto modo con que su cuñada le habló de sus angustias, tardó algunos instantes en darle la respuesta.

—Sí, desde luego, pero me parece preferible que antes recurrieses á los amigos, En tu lugar

¿sabes lo que haría? Me dirigiría tranquilamente á M. de Saffré primero.

Renata varió de un modo especial; y dijo:

—No me parece eso muy conveniente, si es verdad que está tan enamorado como tú dices.

Sidonia la dirigió una mirada penetrante, y poco ó poco su rostro pareció animarse, y sonriendo murmuró:

—¡Pobrecita! Has llorado, se te conoce en los ojos. No te amilanes, acepta la vida tal y como es... No te preocupes, yo te arreglaré este asunto.

Renata se levantó, y restregándose las manos, hacia crugir sus guantes. Permaneció de pie, violentamente agitada por una lucha interna horrible. Iba á abrir los labios acaso para aceptar cuando en la inmediata habitación oyó que sonaba la campanilla.

Salió Sidonia precipitadamente, por una puerta por la cual se veían en la otra pieza una doble fila de pianos. A los oídos de Renata llegaron el ruido de pasos de hombre y el rumor sofocado de una conversación en voz baja. Maquinalmente fué á examinar la mancha amarillenta que en la pared habían dejado los colchones. Aquella mancha la preocupaba y llegaba hasta molestarla. Olvidándolo todo, Máximo, los cincuenta mil francos y M. de Saffré, se quedó pensativa delante de la

cama; estaba mejor en el sitio de antes; indudablemente había mujeres que carecían por completo de buen gusto; con toda seguridad cuando se estuviera en la cama, la luz daría en los ojos. Y vagamente vió levantarse en el fondo de sus recuerdos la imagen del desconocido del muelle de San Pablo, su novela en dos citas, aquel amor de casualidad que había gozado cuando la cama estaba en frente. De aquello no quedaba más que el roce del papel pintado. Entonces, aquella habitación la producía un malestar, y ya se iba impacientando por el continuo cuchicheo que se oía en la habitación inmediata, cuando entró Sidonia, abriendo y cerrando la puerta con precaución, haciendo señas con la mano y recomendándole que habla e bajito.

Después, acercándose á ella, la dijo al oído:

—¿Sabes lo que ocurre? Está ahí M. de Saffré.

—¿No le habrás dicho que estoy aquí?—dijo Renata con inquietud.

La corredora pareció quedar sorprendida, y contestó con la mayor candidez:

—Sí que se lo he dicho... Está ahí fuera esperando que le diga que entre. Eso sí, no le he hablado de los cincuenta mil francos.

La joven, completamente pálida, se levantó como si le hubiesen dado un latigazo. Una oleada de dignidad y orgullo subió á su rostro. Aquellas

pisadas que sonaban brutalmente en la habitación inmediata la exasperaban.

—Me voy,—dijo secamente.—Abreme.

—No seas niña,—exclamó Sidonia procurando sonreír.—...¿Qué excusa voy á darle después de haberle dicho que estabas aquí?... Me comprometes si te marchas...

Pero la joven había ya bajado la escalerilla, y repetía delante de la cerrada puerta de la tienda:

—Abreme, ábreme.

La vendedora de puntillas, sacando el picaporte de su bolsillo, intentó aún convencerla de que no se marchase. Por último, encolerizada y dejando ver en el fondo de sus ojuelos grises toda la arce sequedad de su naturaleza, exclamó:

—Pero en fin, ¿qué quieres que le diga?

—Que aún no me vendo,—contestó Renata ya con un pie en la acera.

Marchándose ya, le pareció oír á Sidonia que murmuraba, cerrando bruscamente la puerta: «Anda, necia, me las pagarás».

—Prefiero mil veces á mi marido,—dijose la joven al subir en el coche.

Fué directamente al hotel, y por la tarde dijo á Máximo que no fuera, porque estaba mala y necesitaba descansar.

Al día siguiente, cuando le entregó los quince mil francos para el joyero de Silvia, se quedó cor-

tada ante su sorpresa y sus preguntas. Le dijo que su marido había hecho un buen negocio y se los había dado. Pero desde aquel día se tornó más extravagante; cambiaba frecuentemente las horas de las citas, y muchas veces también le esperaba en la estufa para decirle que se retirara. A Máximo le inquietaban poco aquellos cambios de humor, pues se complacía en ser una cosa obediente en manos de las mujeres. Lo que más le aburría era el aspecto moral que algunas veces tomaban sus entrevistas. Renata se entristecía, y hasta algunas veces se escapaban gruesas lágrimas de sus ojos, acostumbrando á interrumpir en ocasiones la canción del «hermoso mancebo» de la *Bella Elena*, para entonar los cánticos del colegio, y preguntar á su amante si no creía que su falta sería castigada tarde ó temprano.

—Decididamente se va haciendo vieja—pensaba Máximo.

Renata sufría entonces cruelmente y hubiera preferido entonces aceptar las relaciones de M. de Saffré. Si se había sublevado en casa de Sidonia, había sido cediendo á un impulso intuitivo de dignidad, á la repugnancia de aquella venta propuesta totalmente; pero en los días sucesivos cuando esperimentó las angustias del adulterio, todo en ella se hizo sombrío, y se consideraba tan despreciable, que no hubiese tenido incon-

veniente en entregarse á cualquiera. Si hasta aquel instante el recuerdo de su marido se había mezclado algunas veces al incesto como un recuerdo voluptuosamente doloroso, el marido, el hombre mismo, se confundía entonces en él con tal brutalidad que convertía sus más dolorosas sensaciones en terribles dolores. Ella que gozaba en los refinamientos de su falta y que soñaba con placer en apartado y sobrehumano paraíso en el que los dioses gozasen sus amores en familia, rodaba en una bacanal vulgar, compartida entre dos hombres. En vano intentó gozar la infamia. Ofrecía los labios, calientes todavía por los besos de Saccard, á los besos de Máximo, y su curiosidad descendiendo hasta el fondo de aquellas malditas voluptuosidades, llegó hasta mezclar aquellas dos ternuras, buscando al hijo en los abrazos del padre. De aquel viaje á lo desconocido del mal, de aquellas ardientes tinieblas en las que confundía su doble amante con temores que comunicaban cierta rabia á sus placeres, salía siempre más espantada y más atormentada que nunca.

Reservándose aquel drama para sí sola, duplicó el sufrimiento con la fiebre de su imaginación. Antes hubiera querido morir que confesar la verdad á Máximo, con el sordo temor de que el joven se indignase y la abandonara, y sobre todo, con

la creencia absoluta de lo monstruoso de su pecado, que antes hubiera atravesado desnuda el parque, que confesar en voz baja su vergüenza. Por otra parte, continuaba siendo la aturdida que asombraba á París con sus extravagancias. La asaltaban nerviosas alegrías y concebía caprichos prodigiosos de los que se ocupaban los periódicos, designándola por sus iniciales. Durante aquel tiempo fué cuando quiso batirse seriamente á pistola con la duquesa de Sternich que había hablado mal de ella y vertido un vaso de ponche sobre su vestido, siendo preciso que su cuñado el ministro se enojase. Otra vez apostó con la señora Lauwercus á que recorrería en menos de diez minutos la pista de Lougchamps. El mismo Máximo se asustaba ya de aquella cabeza destornillada, y en la que creía oír por la noche, sobre la almohada, todo el ruido de una ciudad ansiosa de placeres.

Una noche fueron juntos al teatro Italiano, entrando sin ni siquiera mirar el cartel. Querían ver á la Ristori, la célebre trágica italiana, que llamaba la atención de todo París. Se representaba *Fedra*. Máximo recordaba aún el repertorio clásico y Renata sabía bastante bien el italiano para seguir la obra. El drama produjo en ella una emoción hondísima, en aquel idioma cuyas sonoridades en ocasiones le hacían el efecto de un simple acompañamiento de orquesta, realzando la

mímica. De *Hipólito* hacía un mocetón pálido, actor mediano, que lloriqueaba su papel.

—¡Qué imbécil!—murmuró Máximo.

Pero la Ristori, con sus robustos hombros, agitados por los sollozos, con su trágico semblante y sus fornidos brazos, conmovía profundamente á Renata. Fedra era de la sangre de Pasifae, y la joven se preguntaba de qué sangre podría ser ella, la incestuosa moderna. De la obra no veía más que aquella mujer, arrastrando por el escenario el crimen de la antigüedad. En el primer acto, cuando Fedra confía á Anone su criminal pasión, en el segundo cuando se declara ardientemente á Hipólito, y después en el cuarto, cuando la vuelta de Theseo la confunde, y se maldice á sí misma en una crisis de sombrío furor, lanzó un grito tal de pasión salvaje, de deseo sobrehumanamente voluptuoso, que la joven sintió estremecerse sus carnes á impulsos de sus propios deseos y de sus propios remordimientos.

—Atiende,—dijo Máximo á su oído,—vas á oír á Theramene. ¡El viejo recita muy bien!

El actor empezó á recitar con cavernosa voz:

«Apenas salimos de las puertas de Tressene,  
Iba él en su carro...»

Pero Renata mientras hablaba el viejo ya no miraba ni oía. La lámpara la cegaba; hasta ella

llegaban sofocantes ardores procedentes de todos aquellos rostros fijos en la escena. Continuaba interminable el monólogo. Renata se creía en la estufa bajo el ardiente follaje, y veía á su marido entrar y sorprenderla con su hijo. Sufrió horriblemente y ya estaba casi desvanecida, cuando el último rugido de Fedra, arrepentida y moribunda retorciéndose en medio de las convulsiones del veneno, la hizo abrir los ojos. El telón caía. ¿Tendría ella valor para envenenarse algún día? ¡Qué mezquino y vergonzoso era su drama al lado de la epopeya antigua! Y mientras Máximo la ponía sobre los hombros el abrigo, ella aun oía tronar la voz de la Ristori, á la que respondía el murmullo complaciente de Anone.

Ya en el coche, sólo habló el joven, encontrando la tragedia pesada y diciendo que prefería las representaciones de los Bufos. Sin embargo, *Fedra* tenía «miga» y le había interesado, porque... Y para completar su pensamiento apretaba la mano de la joven. Después se le ocurrió una idea muy graciosa, y no pudo resistir á la tentación de hacer una frase:

—Ya tenía yo razón para no acercarme al mar en Trouville.

Renata, sepultada en lo más hondo de su dolorosa meditación, callaba. Fué preciso que Máximo repitiese la frase.

—¿Por qué?—preguntó al joven sorprendida y sin haber comprendido aún.

—Por el monstruo...—contestó haciendo una ligera mueca.

Aquel chiste dejó helada á la joven, en cuya cabeza todo se trastornaba.

La Ristori no era más que una gran muñeca que recogía su manto y enseñaba la lengua al público como Blanca Muller en la *Bella Elena*; Therame-ne, bailaba el cancán; Hipólito comía tortas de dulce, metiéndose los dedos en la nariz.

Cuando algún remordimiento más agudo la hacía estremecer, revelábase Renata llena de soberbia. ¿Cuál era su crimen y por qué había de ruborizarse? ¿Acaso no veía todos los días á su alrededor las mayores infamias? ¿Acaso no se codeaba en las Tullerías, en casa de los ministros y en todas partes miserables como ella que poseían millones en sí mismas y eran adoradas de rodillas? Entonces pensaba en la vergonzosa amistad de Adelina d' Espanet y Susana Haffner, de la cual se hablaba algunas veces en las reuniones de la emperatriz. Recordaba el negocio de la señora Sanwesens, celebrada de los hombres por su buena conducta, su orden y su exactitud en pagar á sus proveedores. Se acordaba de la señora Darté, de la Teissiere y de la baronesa de Meinhold, aquellas criaturas cuyo lujo pagaban sus amantes

y que se cotizaban en el gran mundo como los valores de Bolsa. La señora de Güende era tan estúpida y tan bien formada, que tenía por amantes á tres oficiales á la vez, sin poderlos distinguir á causa de sus uniformes, lo que daba motivo á la mala lengua de Luisa, que para saber con cual de los tres hablaba, los hacía poner en camisa. La condesa Vanska le recordaba los paseos en que había cantado, y las aceras á lo largo de las cuales la había visto vestida de india, rodando como una loba. Cada una de aquellas mujeres, tenía su llaga visible y triunfante. Después, dominándolas á todas, la duquesa de Sternich se alzaba fea, envejecida, hastiada, con la gloria de haber compartido una noche su cama con el emperador: representando el vicio oficial, conservaba así como una majestad del libertinaje y una soberanía sobre toda aquella ilustre pléyade de cortesanas.

Entonces la incestuosa se acostumbraba á su falta como á un traje de gala cuya rigidez le hubiese molestado al principio. No hacía más que seguir la moda, vistiéndose y desnudándose como los demás, y concluyó por creer que vivía en un mundo superior á la moral común, en el que los sentidos se aguzaban y se desarrollaba, y en que era permitido estar desnuda para el goce del Olimpo entero. El mal se convertía en lujo, en una flor prendida en los cabellos, en un diamante

sujeto sobre la frente, y volvía á ver como emblema de justificación y redención, al emperador atravesando del brazo de un general por entre una doble fila de cabezas inclinadas.

El único hombre que la inquietaba, era Bautista, el ayuda de cámara de su marido. Desde que Saccard se mostraba galante con ella, aquel criado pálido y respetuoso le parecía que era un mudo reproche. No la miraba nunca; sus ojos tranquilos se dirigían por encima de su cabeza con el pudor de un sacristán huyendo de manchar su vista con la cabellera de una pecadora. Figurábase Renata que él lo sabía todo y hasta, de atreverse, hubiera comprado su silencio. Cuando se encontraba con Bautista sentía una especie de inquietud y respeto, pensando que toda la honra del hotel se había refugiado bajo el frac negro del fámulo.

Un día, no pudiendo contenerse más, preguntó á Celeste:

—¿Bautista bromea con las criadas? ¿Se le conoce alguna querida?

—¡Ah! ¡pues sí!—se limitó á contestar la camarera.

—¿Sin duda te ha hecho el amor?

—¡Ca!... si nunca mira á las mujeres... Apenas si le vemos de tarde en tarde. Siempre está en las habitaciones del señor ó en las cocheras.

A Renata le irritaba aquella honradez é insistía, porque hubiera querido poder despreciar á todo el mundo, y aunque sentía afecto por Celeste, se hubiera alegrado de saber que ésta tenía amantes.

—Y á tí, Celeste, ¿no te parece que Bautista es un buen muchacho?

—¡A mí, señora!—exclamó Celeste con el semblante estupefacto del que acaba de oír alguna cosa maravillosa.—Otras cosas me preocupan. No me interesa ningún hombre. Ya tengo hecho mi plan, que comunicaré á usted más adelante. No soy tan tonta como todo eso.

Renata no pudo sacar nada en limpio.

Cada día estaba más preocupada: su ruidosa vida, sus locas correrías, encontraban numerosos obstáculos que vencer y contra los cuales se estrellaban algunas veces.

Así fué como Luisa de Mareuil se interpuso un día entre ella y Máximo. Renata sentía celos de «la jorobada», como la llamaba despreciativamente; sabía que estaba deshauciada por los médicos, y que Máximo no se podía casar con ella, aunque le llevase un millón de dote. En medio de sus faltas, conservaba cierta infantil candidez para juzgar á las personas queridas, y aún cuando ella se despreciase, las consideraba de buena fe, superiores y dignas de aprecio; pero aún desechando la

probabilidad de un matrimonio que le hubiese parecido una relajación siniestra y un robo, sufría con las familiaridades y la confianza de los jóvenes. Cuando hablaba á Máximo de Luisa, el joven se reía y le refería las ocurrencias de la muchacha, diciendo:

—¿Pues no me llama su hombrecito esa chiquela?

Y manifestaba tal libertad de pensamiento, que Renata no se atrevía á darle á entender que aquella rapaza tenía ya diecisiete años, y que sus juegos de manos, su entusiasmo en los salones y su afición á esconderse en los rincones más oscuros para poder hablar mal de todo el mundo, la incomodaban y la molestaban.

Un capricho vino á dar á la situación carácter singular: Renata tenía frecuentemente necesidad de hacer demostraciones de cariño á Máximo. Le conducía detrás de alguna cortina ó puerta, y allí le besaba, á riesgo de ser vistos. Una noche, estando el saloncito botón de oro lleno de gente, tuvo la ocurrencia de llamar á Máximo, que estaba charlando con Luisa: Renata se adelantó al encuentro de Máximo, que ya acudía, y al llegar detrás de dos macizos, le besó bruscamente en la boca, creyéndose suficientemente oculta. Pero Luisa había seguido á Máximo, y cuando los amantes alzaron la cabeza, vieron á la joven cerca de

ellos, mirándoles con extraña sonrisa, sin ruborizarse ni asombrarse, con el semblante tranquilo y amistoso de un compañero de vicio, bastante entendido para comprender y saborear aquel beso.

Máximo se asustó de veras, pero Renata se mostró gozosa é indiferente. Todo había terminado, y era ya imposible que la jorobada le quitase su presa. La joven pensaba:

—Debiera haberlo hecho expresamente. Ahora ya sabe que «ese hombrecito» me pertenece.

Máximo se tranquilizó encontrando á Luisa tan alegre y tan divertida como antes.

Por otra parte, Renata se inquietaba con razón, pues Saccard pensaba desde algún tiempo en el matrimonio de su hijo con Luisa. Había de por medio un millón que no quería dejar escapar, pensando en meter mano después á aquel dinero. Al principio del invierno tuvo Luisa que guardar cama durante tres semanas, y tal miedo sintió Saccard al ver que se moría antes del proyectado enlace, que decidió casar á los chicos en seguida. Verdad es que eran demasiado jóvenes, pero á los médicos les inspiraba cuidado el estado de salud de la joven. Por su parte, M. de Mareuil, estaba en una situación muy delicada. Había conseguido por fin ser proclamado diputado, pero la Cámara acababa de anular su elección, que produjo verdadero escándalo en la Comisión de actas. Aquella

elección era todo un poema heroico-cómico, del cual se ocuparon los periódicos por espacio de un mes. M. Hupel de Noue, prefecto del departamento, había desplegado tal energía que los otros candidatos no pudieron hacer públicos sus programas ni distribuir sus candidaturas. Por consejo suyo, M. de Mareuil llenó la circunscripción de mesas, en las que los aldeanos bebieron y comieron durante una semana. Prometió además un ferrocarril, y la construcción de un puente y tres iglesias. El candidato tuvo un éxito estrepitoso, alcanzando una mayoría inmensa. Pero cuando la Cámara, ante la carcajada de Francia entera, se vió obligada á desechar á M. de Mareuil, el ministro sintió una ira terrible contra el prefecto y el desgraciado candidato que tan torpes se habían mostrado. Habló hasta de poner en la candidatura oficial otro nombre y M. de Mareuil se asustó, había gastado trescientos mil francos en el departamento; poseía en él grandes propiedades, en las cuales se aburría, y que seria preciso revender con gran pérdida. Por este motivo fué á explicar á un querido colega que le hablase á su hermano y le prometiese en su nombre una elección en toda regla. Entonces fué cuando Saccard volvió á hablar del matrimonio de los chicos y cuando los padres lo resolvieron definitivamente.

Máximo experimentó alguna contrariedad al